



Reseña de Libros

Neuroética.

Cómo hace juicios morales nuestro cerebro

Lydia Feito

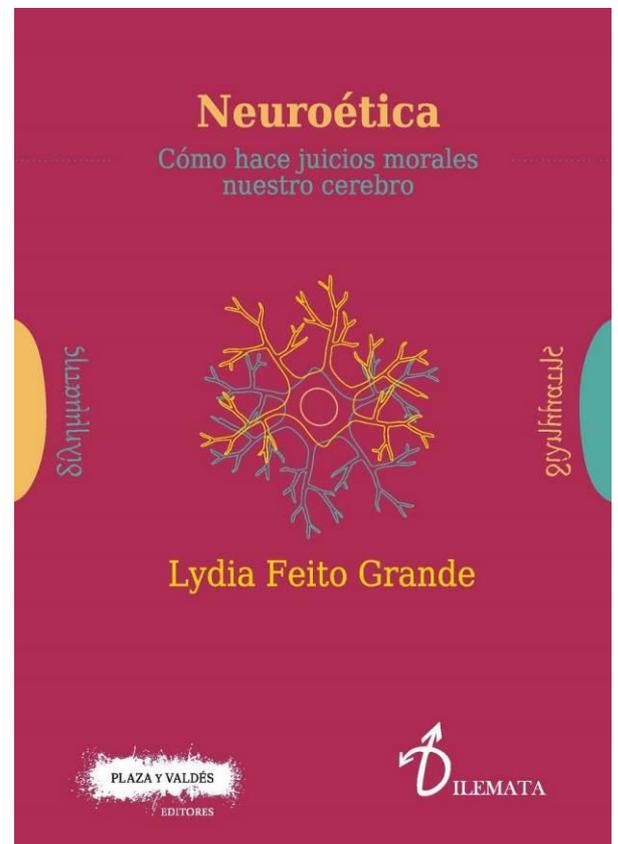
Plaza y Valdés, Madrid, 2019, 240 pp.

Pocas veces puede tener el lector en sus manos un trabajo de bioética tan interesante como este de la profesora Lydia Feito, que aborda la interrelación de dos disciplinas como la ética y la neurociencia, cuyo cruce de caminos plantea interrogantes y desafíos apasionantes para el ser humano y para la sociedad de nuestro tiempo. A modo de ejemplo, ¿puede la existencia de ciertos patrones generales de activación cerebral ante dilemas morales cambiar nuestro concepto de responsabilidad?, ¿puede la neurociencia dar cuenta de lo moral, al margen de lo social, lo cultural, lo motivacional? A estas preguntas y muchas otras responde el texto que aquí se comenta.

Desde el punto de vista científico, la obra goza de un rigor envidiable pues está basada en los estudios clínicos más actualizados, que la autora no solo referencia profusamente, sino que desgana y comenta de manera crítica, permitiendo al lector hacerse su propia composición de lugar sobre su verdadera relevancia. A resultas de estos últimos, llega a la conclusión de que no existen sistemas, regiones o sustratos cerebrales específicos para la moral, aunque sí hay zonas del cerebro que con mucha frecuencia aparecen activadas durante la toma de decisiones morales. De esta manera, el cerebro moral se apoyaría en muchas partes del cerebro y, por tanto, se podría decir, según la autora, que la moralidad está en todo el cerebro pero no en un lugar determinado, depende de la coordinación de muchas áreas. No existiría propiamente un “cerebro moral”, como región cerebral específica para el razonamiento y el juicio moral.

En todo caso, apunta una cuestión importante para guiarnos en este campo del conocimiento, como es la de someter a prueba los métodos de investigación en neurociencia por su dependencia en muchas ocasiones de marcos teóricos y valorativos apriorísticos, que pueden condicionar sus resultados y conclusiones. Más aún, para la autora el ámbito propio de los estudios en neurociencia de la moral sería el de la descripción y explicación de lo que ocurre en nuestro cerebro cuando tomamos decisiones morales, pero sin tratar de ofrecer una propuesta sobre los propios contenidos morales, y ello con el fin de no caer en la falacia naturalista de asociar lo que sería correcto a partir de los fenómenos naturales que de hecho ocurren. En definitiva, propone como límite de esta disciplina que no trate de extraer conclusiones normativas de lo que debe ser una actividad eminentemente descriptiva.

Conectado con lo anterior, se aborda también la interesante cuestión de la identidad, tanto numérica (ser uno y el mismo a lo largo del tiempo) como narrativa (la autoconcepción que tenemos por nuestros valores, biografía, relaciones personales, etc.), y, dentro de ella, qué rasgos serían considerados nucleares e inviolables, de tal forma que su modificación podría hacernos perder la identidad. Admitiendo, como dice la profesora, que esos rasgos no son el resultado exclusivo de la biología, que no están determinados de modo absoluto por lo orgánico, sino que son el resultado de una interacción entre la naturaleza y el medio, entre lo biológico y lo cultural, cabe plantearse cómo lector dónde



reside realmente el “disco duro” de lo que somos, esto es, los códigos que nos permiten ser esencialmente los mismos en el terreno moral, ya nos hallemos en el lugar que vivimos o a miles de kilómetros donde el medio será otro pero nosotros no. La propia autora sugiere en alguno de sus pasajes hacer una relectura de autores como Descartes y Unamuno.

El trabajo separa con acierto dos campos de estudio diferentes, como serían la ética de la neurociencia y la neurociencia de la ética. Así, manifiesta la autora que el primero se refiere a los problemas éticos que se derivan de los descubrimientos de las neurociencias acerca de los mecanismos cerebrales, mientras que el segundo se centra en los correlatos neurales de los comportamientos morales, intentando descubrir si conceptos propios de la filosofía moral, como el libre albedrío, la intención o la identidad personal se pueden examinar a través de la función cerebral. Para este cometido presta especial atención a la técnica de la neuroimagen, como la herramienta más potente de investigación cerebral en este momento, que puede relacionar algunos aspectos físicos con rasgos psicológicos de nuestra personalidad.

En la parte final de la obra se lleva a cabo una reflexión sobre las implicaciones filosóficas de la investigación neurocientífica, fundamentalmente en relación al problema de la libertad, y denuncia el riesgo de incurrir en un determinismo reduccionista. Sobre el particular termina afirmando la imposibilidad de una ética universal con base biológica. Asimismo, la profesora Lydia Feito concluye su trabajo asignando a la neurociencia la tarea no solo de describir y explicar cómo funciona nuestro cerebro, sino también de asumir la responsabilidad de promover y orientar en su posible modelación y mejora, ofreciendo sugerencias sobre cómo potenciar el desarrollo moral para lograr juicios más elaborados, sobre cómo generar emociones compatibles con valores como la tolerancia, la compasión, la solidaridad o la justicia, o sobre cómo incrementar la creatividad y la capacidad de innovación para encontrar respuestas novedosas a los problemas éticos.

Al margen de los interesantísimos contenidos de esta obra, algunos de los cuales que se han relacionado en estas líneas, debe destacarse la facilidad de su lectura, pues lejos de hacer un ejercicio de erudición reservado para iniciados, se percibe una intención didáctica y una gran claridad expositiva que permite su comprensión y disfrute a un público amplio.

Fernando Abellán
Doctor en Medicina Legal y Forense por la UCM